

LIBROS

Rodríguez-Moñino, otro gran desconocido

Antonio Rodríguez-Moñino era, en el mejor sentido de la palabra, un sabio. No un erudito a la violeta, ni un enfático y acartonado ratón de biblioteca, sino un hombre que unía a su prodigiosa erudición un temperamento sencillo y una cordialidad equilibrada y generosa. Si, como decía Séneca, se puede ser sabio sin vanagloria ni envidia, Rodríguez-Moñino —don Antonio a secas— era un preclaro ejemplo viviente de esa difícil aleación de sabiduría y humanidad.

Había nacido en 1910 en Calzadilla de los Barros, un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz. Dotado de un talento precoz, comenzó a los quince años de edad a realizar trabajos bibliográficos (lo que, desde entonces, constituiría su auténtica pasión vital). Era prácticamente un niño cuando, en 1926, fundó el Centro de Estudios Extremeños. Inició la carrera de Derecho en la Real Universidad de María Cristina; más tarde, se trasladó a Madrid, en cuya Universidad estudió Filosofía y Letras. En 1935 ganó por oposición una cátedra de Instituto; al término de nuestra guerra civil fue alejado, a causa de sus manifiestas ideas republicanas, de toda actividad pedagógica de carácter oficial. Años después, su ideología liberal —nunca encubierta ni traicionada— sería un notable obstáculo para su ingreso en la Real Academia.

Rodríguez-Moñino no llegó jamás a ocupar una cátedra universitaria en España. Ni él tuvo pruritos doctorales, ni la Universidad española poseía suficiente flexibilidad de criterios para admitir en su venerable regazo a un «humilde profesor de un Instituto ru-

ral». En contraste con nuestra esclerótica rigidez académica, la Universidad de Berkeley —sin duda la más prestigiosa del continente americano— contrató los servicios docentes de Antonio Rodríguez-Moñino. Desde su cátedra californiana y a través de publicaciones y conferencias, el gran bibliógrafo español realizó una labor de inusitado alcance y admirable rigor científico. La relación de sus obras y estudios rebasaría holgadamente el centenar de títulos: «Relieves de erudición», «Viajes a España del rey don Sebastián de Portugal», «Historia de los Catálogos de Librería Españoles», «Poesía y cancioneros del siglo XVI», «Epistolario Inédito del Marqués de Frías», «Epigrafiología y yacimientos romanos de Badajoz», «Colección de manuscritos del Marqués de Montealegre», «Librería para bibliófilos», «Don Bartolomé José Gallardo», «Primer manuscrito del Amadís de Gaula», «Diccionario Geográfico Popular de Extremadura», etcétera.

A don Antonio le agradaba frecuentar tanto las empolvadas bibliotecas de tiempos pasados como las oscuras y casi siempre fascinantes librerías de viejo. Era también hombre de tertulia. Los veladores de mármol de un antiguo café de la calle de Alcalá fueron testigos de su hablar preciso y entrañable. Rodríguez-Moñino poseía una portentosa memoria, y sin necesidad de recurrir a archivos y ficheros, era capaz de resolver sobre la marcha —convertido el velador de mármol en improvisado pupitre doctoral— cualquier papeleta bibliográfica que se le plantease. No escatimaba su sabiduría: complacía con sencillez y sincera amigabilidad a todos los que acudían a consultarle. Era tanta su liberalidad, que —como ha escrito recientemente un periodista madrileño compañero de tertulia de don Antonio— «llegaba a lo que ningún bibliófilo del orbe llegó: a prestar libros».

Esta largueza, tantas veces demostrada, benefició en más de una ocasión a escritores jóvenes e incipientes. No era Antonio Rodríguez-Moñino persona que se refugiase en

recuerdos del pasado; vivía en el presente y confiaba en el futuro. La fundación, en 1953, de la «Revista Española» (editada, según creo, a sus expensas) me parece un hecho altamente significativo. En los seis números publicados, Rodríguez-Moñino, aunque aparecía como «fundador», se adjudicó humildemente un papel secundario: se limitó únicamente a buscar colaboraciones, sin firmar él ni un solo trabajo. Encomendó la tarea de redacción a tres escritores que, por aquellas fechas, iniciaban su quehacer literario: Alfonso Sastre (que acababa

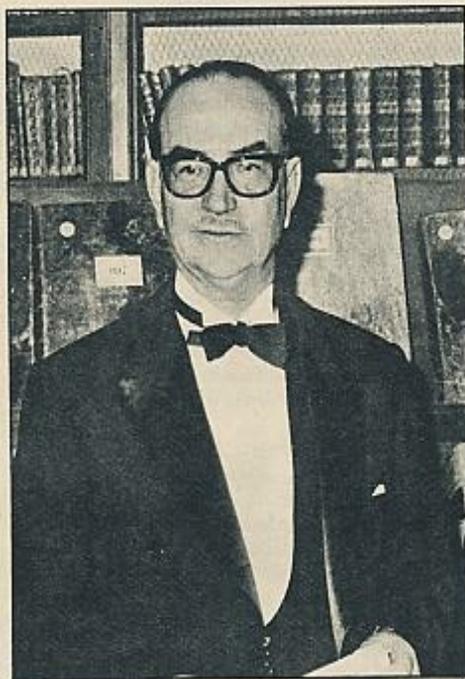
y ahora «resucitado»), Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos, Manuel Sacristán (que debutó, dicho sea a título anecdótico, como autor dramático), Gaya Nuño (que compensaba su no pertenencia a la generación joven con la circunstancia de ser contertulio de don Antonio), Juan Benet (también en funciones de dramaturgo novel con una obra admirable: «Max»), Josefina Rodríguez, Medardo Fraile, Rodríguez Buded... Se publicaron asimismo traducciones de Dylan Thomas, Truman Capote, Cesare Zavattini (el primer número

res contemporáneos. En esta colección vieron la luz «Baraja de invenciones», de Camilo José Cela; «El santero de San Saturio», de Gaya Nuño; «Los bravos», de Jesús Fernández Santos...

A través de la Editorial Castalia, Rodríguez-Moñino llevó a cabo una rigurosa y eficaz actividad científica. La citada Editorial no sólo publicó la «Revista Española» y la colección «Prosistas Españoles», los «Clásicos Castalia», las «Ediciones críticas», la «Serie Bibliográfica», la «Biblioteca de erudición y crítica», la revista «Abaco»... fueron —y son— frutos fecundos de este laborioso hispanista.

Pero parece ser que, en este país, los verdaderos sabios —los que piensan, como aquel otro don Antonio que se nos murió en Colliure, que «el amor a la verdad es el más noble de todos los amores»— están condenados al olvido de sus coterráneos. Vamos a tener que admitir, con harto dolor de corazón, el inevitable fracaso del profeta en su propia tierra. Porque Antonio Rodríguez-Moñino, «príncipe de los bibliógrafos españoles» en opinión del gran hispanista francés Marcel Bataillon, ha paseado su gloria allende nuestras fronteras, y su pena —en el sentido literal de la palabra—, por las tierras y entre los hombres de su patria. La ingente labor desarrollada por Rodríguez-Moñino durante más de cuatro décadas de ferviente y apasionada investigación no está suficientemente compensada por un tardío y discutido ingreso en la Real Academia. Desgraciadamente, don Antonio es aún un desconocido para la inmensa mayoría de los españoles.

Ahora, ya muerto, comenzarán las letanías de elogios y nostalgias. En este extraño y paradójico país practicamos con impecable perfección el «chauvinismo» a título póstumo. Es bastante doloroso no poder «vivir en vida». Y es trágico que Antonio Rodríguez-Moñino haya tenido que convertirse en cadáver —en figura histórica inmortalizada por la muerte— para que le concedan el pan y la sal que le fueron negados mientras vivía. ■ SANTIAGO RODRÍGUEZ SANTERBAS.



de estrenar «Escuadra hacia la muerte»), Rafael Sánchez Ferlosio (en cuya nómina existían tan sólo las «Industrias y andanzas de Alfanhuí») y el malogrado Ignacio Aldecoa (quien quizá solamente había publicado algunos poemas y relatos breves). El indudable «ojo clínico» de Rodríguez-Moñino queda patente —desde nuestra perspectiva de 1970— al repasar los nombres de los colaboradores de «Revista Española»: los mencionados Sastre, Ferlosio y Aldecoa, José María de Quinto, Carlos Edmundo de Ory (olvidado durante algún tiempo

de «Revista Española» se abriría precisamente con un relato corto del cineasta italiano traducido por Sánchez Ferlosio: «Totó el bueno», tema que daría origen a «Milagro en Milán»...

«Revista Española» murió —de muerte natural e incluso diría que de suicidio premeditado— al cumplir su sexta salida pública. Pero la labor «promocional» de Antonio Rodríguez-Moñino no terminó ahí: en la Editorial Castalia, por él dirigida, apareció la colección (exclusivamente de diez volúmenes) «Prosistas Españoles», dedicada a auto-